

desatendiendo los prejuicios críticos más anquilosados, en la literatura de “género” no sólo se encuentra a veces “gran literatura”, sino además con la ventaja de no pretender ser “gran literatura”.

En el ramillete novelesco que compone el ciclo de Sherlock Holmes, del escritor y galeno escocés Arthur Conan Doyle, hay algunas piezas, como las célebres *El sabueso de los Baskerville* (1901) o *El signo de los cuatro* (1890), que por sí solas no sólo cabe recomendar como modelos de

narrativa criminal, sino como narrativa con letras de molde y sin adjetivos.

Pero para el observador curioso, o para el detective que es todo buen lector, hasta en la obra menor de un autor importante se encuentran signos de grandeza, como quien sospecha que en el cedazo en que se remueven la tierra y el agua relucirá la pepita de oro.

En “El Tratado naval”, novelita correspondiente al conjunto de once que lleva por título *Memorias de Sherlock Holmes* (1893), el secuestro de un documento relevante para la Corona, que traería consigo –en lo personal– la ruina de un amigo del Dr. Watson, pone de nuevo a prueba a Holmes. Hay que imaginarlo sentado, concentrado, hermético, en el gabinete donde los principales afectados, crispados, compungidos, le están dando todo tipo de detalles sobre la insólita desaparición del expediente; hay que ver a Holmes cómo se incorpora de súbito, se dirige a una ventana, coge una rosa musgueña, la mira al trasluz y reflexiona en voz alta:

No hay nada en que sea tan indispensable la lógica como en la religión [...] El buen razonador puede construirla igual que una ciencia exacta. A mí me parece que nuestra certidumbre suprema de la bondad de la Providencia está en las flores. Todas las demás cosas: nuestras facultades, nuestras ansias, nuestro alimento, son, en realidad, necesarios para nuestra existencia y



Para Santi Dueñas,
el dibujo prometido.
Alfredo Arias

s y la rosa

en primera instancia. Pero esta rosa constituye un extra. Su aroma y su color son un embellecimiento de la vida, no condición indispensable de ella. Únicamente la bondad da más de lo obligado, y por eso digo que de las flores podemos derivar grandes esperanzas.

Es éste, en apariencia, un parlamento extraño en el adusto personaje, y uno se aviene a pensar que Conan Doyle había sufrido la debilidad de proyectar sus inquietudes espiritualistas (que, como se sabe, le llevaron a interesarse por médiums y hadas fotografiadas), en una trama en la que no venía a cuento. Pero sobre todo, suponía una notoria falta de respeto al resto de los personajes, de modo que uno de ellos le increpa: “¿Ve usted alguna pista?”, a lo que el detective, de nuevo en tierra, reacciona: “Usted me ha dado siete: pero, como es natural, necesito ponerlas a prueba [...]” ; y sigue el diálogo: “Sospecha usted de alguien?”, “Sospecho de mí mismo [...] por haber llegado con demasiada rapidez a establecer conclusiones”¹.

Tras esta vuelta a lo ordinario, queda para el sabueso lector deducir la importancia del misterio de esa rosa, ¿la relación de Conan Doyle con los Rosacruces o alguna otra sociedad secreta, y al igual que se cuenta de otros autores coetáneos, la destilación espaciada de mensajes para iniciados?

Modernas investigaciones van por ese camino; pero, personalmente, a mí nunca me han con-

vencido tales alusiones o justificaciones. Cuando Holmes se levanta y mira la flor está parando el tiempo para la reflexión; ha puesto orden, y lo ha puesto observando lo inexplicable: el talento de la naturaleza para crear lo bello. Ése es realmente el misterio que jamás va a descubrir el detective y por eso le sirve de pantalla para concentrarse y reorganizar lo que, por abstruso que se presente, tiende una vía (o siete) de entendimiento.

Desde hace varios años una amiga y yo andamos en polémica; ella piensa que el germen de la naturaleza humana es oscuro, y yo no estoy tan de acuerdo. Pero, por no quitarle del todo la razón, le aseguro que si el egoísmo más recalcitrante y los instintos salvajes son la piel de nuestros dientes, entonces, ¿de dónde proviene el sonido de la música, el tacto de la entrega, el aroma de la nobleza? ¿No serían tan insospechados como ángeles y hadas?

Pero, por fortuna, también convivimos con ellos; también nos sobrepasan y consuelan, como la flor sobrepasa y consuela a Holmes en el relato de Doyle. No sé si éste logró persuadirse alguna vez de que había visto el negativo de un hada. Su personaje, más cerebral, se contentaba con mirar con respeto una rosa.

¹ Las citas corresponden a Arthur Conan Doyle, “El Tratado Naval”, Memorias de Sherlock Holmes, en Sherlock Holmes. Obras completas, t. I, trad. de Amando Lázaro Ros, Barcelona, Orbis, col. Grandes Maestros del Crimen y el Misterio, nº. 1, 1987, pp. 497-498.

Alfredo Arias es autor del libro inédito *Los papeles del zorropiteco*. Filólogo heterodoxo, sus trabajos abarcan aspectos fronterizos de la literatura (cine, narraciones gráficas) y géneros no muy atendidos por la crítica con mayúsculas (humor, literatura fantástica, policíaca...). Es autor del prólogo y notas a la edición del volumen VII de las *Obras Completas* de Ramón Gómez de la Serna (Galaxia Gutenberg), y de varias introducciones y apéndices creativos para la colección “Tus Libros Selección” de editorial Anaya. Acaba de publicar su edición de *El largo adiós* de Raymond Chandler en la colección Letras Universales de editorial Cátedra.